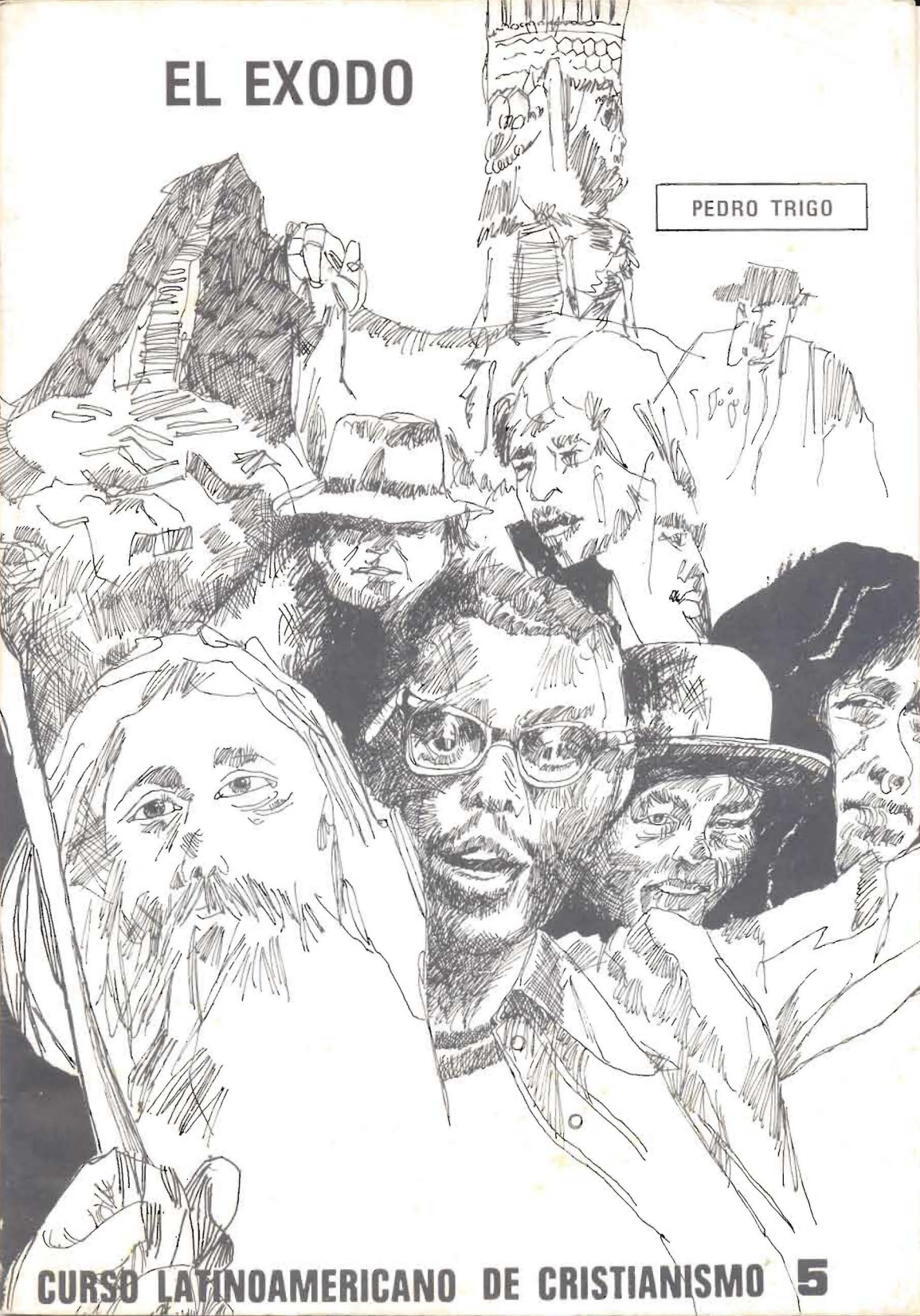


EL EXODO

PEDRO TRIGO



CURSO LATINOAMERICANO DE CRISTIANISMO 5

CURSO LATINOAMERICANO DE CRISTIANISMO

- 1: Latinoamérica: Paz o Violencia Institucionalizada
- 2: Análisis Socio-Político de la Iglesia Latinoamericana (Reeditado)
- 3: La Iglesia Latinoamericana busca su rostro
- 4: Tipos cristianos en Latinoamérica hoy
- 5: El Exodo
- 6: Liberación y Liberaciones
- 7: Salvarse en Latinoamérica
- 8: Cautiverio y Creación
- 9: Libros Sapienciales: Mujeres, Plata, Poder
- 10: Los Cristos de América Latina
- 11: Jesús de Nazareth
- 12: El Nacimiento de la Iglesia

CRISTIANISMO HOY

- 1: Proceso Histórico de la Iglesia Venezolana
- 2: Cómo leer el Antiguo Testamento
- 3: El Antiguo Testamento leído al Pueblo
- 4: Cómo leer los Evangelios
- 5: La Eucaristía: La comida de la Comunidad cristiana

CENTRO GUMILLA

Avenida Cristóbal Rojas 16 - Santa Mónica
Apartado 40.225 — Telfs. 661.28.40
CARACAS 104 - VENEZUELA
1978

**LA IGLESIA LATINOAMERICANA CUENTA SU HISTORIA:
ENTRE DIOS Y LOS PODERES:
EL EXODO**

HE ESCUCHADO LOS CLAMORES DE MI PUEBLO
DE COMO LOS PODEROSOS BUSCAN A DIOS
¿COINCIDEN OPRESORES Y OPRIMIDOS?
DE COMO LOS OPRIMIDOS BUSCAN A DIOS
EL ATEISMO COMO FALTA DE RESPONSABILIDAD
DIOS Y RESPONSABILIDAD HISTORICA
VAMOS A CONTAR LA HISTORIA DEL EXODO

- I — La experiencia de la opresión
- II — La experiencia de Dios
- III — La lucha de liberación
- IV — Entre la nostalgia y el futuro: El Desierto
- V — De la libertad a la esclavitud pasando por la injusticia
- VI — El nuevo exodo
- VII — De la esclavitud a la libertad pasando por la muerte: Jesús

SIMBOLOS HISTORICOS—HISTORIA SIMBOLICA
DEL EXODO A NOSOTROS
EL NUCLEO DEL EXODO

- I — Dios se revela en la historia
- II — Dios se revela como liberador
- III — Radicalidad de la liberación humana:
Sólo Dios salva. La respuesta de la fe.
- IV — La ambigüedad de la religión

CONCEPTO BIBLICO DEL EXODO
LA INTERVENCION DE DIOS EN LA HISTORIA
RESUMEN: Tensiones y Esperanzas

HE OIDO LOS CLAMORES DE MI PUEBLO

"Bien vista tengo la aflicción de mi pueblo en Egipto, y he escuchado el clamor que le arrancan sus capataces; pues ya conozco sus sufrimientos".

"En esta hora estas palabras del Exodo, dichas por Dios a Moisés, dan bien la medida de nuestros sufrimientos.

Ante el sufrimiento de nuestra gente, humillada y oprimida, hace tantos siglos en nuestro país, nos vemos convocados por la Palabra de Dios a asumir una posición. Posición al lado del pueblo. Posición juntamente con todos aquellos que, con el pueblo, se empeñan por su verdadera liberación.

Siguiendo las huellas de Moisés, queremos cumplir nuestra misión de pastores y profetas junto al pueblo de Dios. Somos pues movidos a hablar por la Palabra de Dios, que juzga los acontecimientos de la historia. Es en esta luz que buscamos interpretar los gemidos del pueblo, los hechos y acontecimientos de cada día de nuestra gente sufrida. Datos que se comprueban por el análisis de nuestra realidad humana".

Como en el tiempo de Moisés, un pueblo que busca promoverse y sacudir el yugo de su esclavitud, está cumpliendo un aspecto de los designios de Dios, está, aun sin saberlo claramente, señalando la salvación que en él se opera (Cf. Ex. cap. 12).

Es claro que los detentadores del poder esclavizante, como Faraón, no admiten el reconocimiento de los valores salvíficos, en la lucha del pueblo. No quieren ver la presencia de Dios en la energía despierta de los pobres. Estos, "los pobres de Yaveh", son el lugar privilegiado de la revelación de Dios, la cátedra cotidiana de su Palabra, en los acontecimientos de la vida, en la esperanza que no desilusiona, en los anhelos de liberación, de paz, de fraternidad. Para los opresores, que a toda hora echan mano de la represión, Dios en sus argumentos ideológicos, es arrastrado para su lado, es instrumentalizado, es puesto al servicio del "orden establecido", porque eso les conviene. Con todo la propia Virgen María, Madre de Dios y muchacha humilde del pueblo, invierte esa concepción, expresando tan bien la sabiduría de Dios: "Derribó a los potentados de sus tronos y exaltó a los humildes; a los hambrientos colmó de bienes y despidió a los ricos sin nada" (Lc. 1, 52-53).

(cfr: Brasil: Milagro o engaño. "He escuchado los clamores de mi pueblo" Declaración de los obispos del Nordeste, Ed. CEP, Lima 1973, pág. 7 y 52).

COMO LOS PODEROSOS BUSCAN A DIOS

Nuestra tesis fundamental sería la siguiente: Mucho más decisivo que preguntarnos por la existencia de Dios es preguntarnos de qué Dios hablamos, de qué hablamos cuando decimos Dios, qué imagen tenemos de Dios. Creemos que la respuesta a la pregunta por la existencia de Dios depende de la imagen que nos hayamos formado de ese Dios.

LES PROPUSO UNA PARABOLA



Estudiemos cómo se plantea el problema de Dios en un texto típico del Occidente desarrollado. Se trata de un filósofo inglés, Flew, citado por un teólogo norteamericano, van Buren, que introduce su cita diciendo que esta parábola "nos señalará la manera como dentro de este método se expone el problema del lenguaje de la fe para los hombres de hoy" (van Buren: El significado secu-

lar del evangelio, Ed. Península 1968, p. 19). Dice así:

"Una vez dos exploradores llegaron a un claro de la selva. En el claro crecían muchas flores y malas hierbas. Un explorador dijo: 'Algún jardinero debe guardar este terreno'. El otro contestó: 'No hay jardinero'. Y así plantaron sus tiendas y organizaron la guardia. No vieron a un solo jardinero. 'Quizá se trate de un jardinero invisible'. Lo rodearon de una alambrada. Lo electrificaron. Hicieron patrulla de guardia con perros sabuesos... Jamás surgió un grito que indicara que algún intruso quedara electrocutado. Ni un movimiento del alambre delató jamás al asaltante invisible. Los sabuesos jamás ladraron. Sin embargo, el creyente todavía no se da por satisfecho. 'Hay un jardinero invisible, intangible, insensible a las descargas eléctricas, un jardinero que no despidе olor ni hace ruido; un jardinero que viene secretamente a visitar el jardín que ama'. Finalmente el escéptico se desespera: '¿Qué es lo que queda de tu primera afirmación? ¿En qué difiere lo que tú llamas un jardinero invisible, intangible y eternamente camuflado, de un jardinero inaginario o de ningún jardinero? Flew concluye: 'De esta forma una bella hipótesis temeraria puede morir,

poco a poco, la muerte de mil cualificaciones' " (o.c.p. 19-20).

Se concluye: la hipótesis de Dios es inverificable y por eso carece de funcionalidad, no tiene sentido. ¿Cómo había surgido esta hipótesis? De la contemplación de las bellezas, de las bondades del mundo. Estas bellezas no son absolutas, están contrapesadas por maldades. Por eso, para Flew, no dan lugar a afirmaciones evidentes sino a creencias. Hay quien cree en una providencia, hay quien no cree en nada. Se concluye que en realidad da lo mismo decir una cosa que decir otra. Es decir, que son afirmaciones irrelevantes. Lo único seguro es que el jardín de la tierra da flores y malas yerbas. La hipótesis del jardinero debe ser desechada.

LOS QUE MIRAN A DIOS POR ENCIMA DEL HOMBRO

Analizamos qué imagen de Dios se presupone aquí: Dios sería uno de los objetos del horizonte mundano. Bajo el mismo cielo caben el jardín —el mundo— y su jardinero —Dios—; es más, ambos son objetos correlativos. El observador —un filósofo— los puede abarcar a ambos, es decir puede colocarse en una perspectiva superior, en un punto de vista más amplio. Puede dominarlos, someterlos a condiciones de posibilidad para que demuestren ante él su verdad. Hace los experimentos correspondientes y concluye: imposible detectar al jardinero, luego no existe el jardín, es no más un trozo de monte que ha crecido así.

Aquí lo absoluto, lo que queda fuera de toda sospecha es la perspectiva del explorador y sus instrumentos de comprobación. En caso contrario podría haber concluido igual: no detecto al jardinero, luego mis instrumentos no me capacitan para ello. Pero esta conclusión no tiene sentido si ya se pretende saber lo que es un jardinero y cómo ejerce su función. Es decir, si el jardinero está

a la altura de uno, si Dios está en el mismo horizonte del hombre, si es un ser de este mundo, un ser limitado que pone un poco de orden y de bondad en esta selva inmensa que le desborda tanto como a nosotros.



Aquí la pregunta por Dios es una pregunta "objetual". Es la hipótesis en el fondo irrelevante de dos exploradores. Una pregunta "científica" que tiende a explicar algo que está fuera de ellos, frente a ellos, y que no los compromete, no los concierne vitalmente. Ni siquiera es una pregunta que intente percibir la causa de algo para manejarlo. Es simplemente una cuestión de interpretación, en el fondo una cuestión de nombre: lo que ven ¿es jardín o un trozo de monte? ¿es un artificio de una criatura inteligente o es algo que ha nacido así? Esto es lo que vivimos ¿es fruto de una providencia o fruto del acaso? Ambas nociones son improbables, por lo tanto lo mismo da responder una cosa que otra. Lo positivo es que aquí está este claro con muchas flores y malas yerbas.



SE CREEN ALTOS PORQUE ESTAN ENCIMA DE LOS DEMAS

Esta pregunta "desinteresada" por Dios presupone que uno está "arriba" en esta situación. Por eso juzga que la puede abarcar adecuadamente, que puede mandar cercarla y hasta patrullarla con perros sabuesos. Por eso esta situación no le plantea al "explorador" ningún problema vital, a lo más un problema mental, un juego de ingenio con la posibilidad de electrocutar a Dios para pasar el tiempo.



Estos exploradores vienen bien pertrechados, ellos tienen bien resuelta su situación, el claro de la selva por el que se preguntan no es su tierra ni sus personas. Sobre eso, que son ellos y su mundo, ya saben a qué atenerse. Eso no plantea para ellos ninguna pregunta sobre el "jardinero". La pregunta sobre Dios se plantea para ellos en una excursión indiferente sobre una tierra extraña como un problema de curiosidad. En su tierra —donde todo va bien— los jardineros son ellos. En este claro de la selva —medio civili-

zado medio salvaje— ¿habrá algún jardinero? De todas las maneras, si lo detectaran no sería más que un dios imperfecto, un jardinero inferior a ellos. Ellos, en vez de haberse puesto a fabricar alambradas y montar una vigilancia tan estricta, podían haberse puesto a quitar las malas yerbas. Pero como era tierra extraña, como sólo eran exploradores, no tuvieron interés.

En esta parábola los exploradores son los dioses de su mundo. El jardinero por el que preguntan no sería más que el que tapa los agujeros, el que compone un poco lo que queda fuera de ese mundo ordenado por el hombre. Sería el que trataría, medianamente a juzgar por los pretendidos efectos, de poner un poco de humanismo en lo que queda de la periferia del mundo civilizado, el que se encargaría de que no regresara al caos lo que en nuestro planeta aún no ha sido dominado por los dominadores, tanto regiones geográficas como aspectos de la existencia. Pero para los "exploradores" esos no son problemas angustiosos, ya se irán resolviendo con el tiempo.

Los exploradores son en esta parábola los explotadores. Los explotadores creen que pueden prescindir de Dios en sus vidas. Creen que ellos son sus dioses. La pregunta por Dios sólo puede ser una curiosidad que se refiere a otros mundos, a otras vidas. Y ese dios sólo puede ser concebido como a su propia imagen, pero inferior. Sería un competidor de menor cuantía, tan inferior que nunca acude al reto, no se atreve a medirse con ellos, no aparece. En sus medidas pueden concluir con toda propiedad que no es nadie.

ES LO QUE SE LLAMA SECULARIZACION

Antes el mundo era concebido como una maquinaria: tenía que esconder a un relojero que la hubiera dado cuerda. Si el mundo era una naturaleza, dios sería la ley, la fórmula del mundo. Pero poco a poco la hu-

manidad, sobre todo el Occidente, ha ido dominando cada vez más aspectos de la existencia. Ya el mundo se ha convertido en un simple material de trabajo. El hombre es el artista que lo diseña y lo construye a su voluntad. El lo reformula y le da su ley.

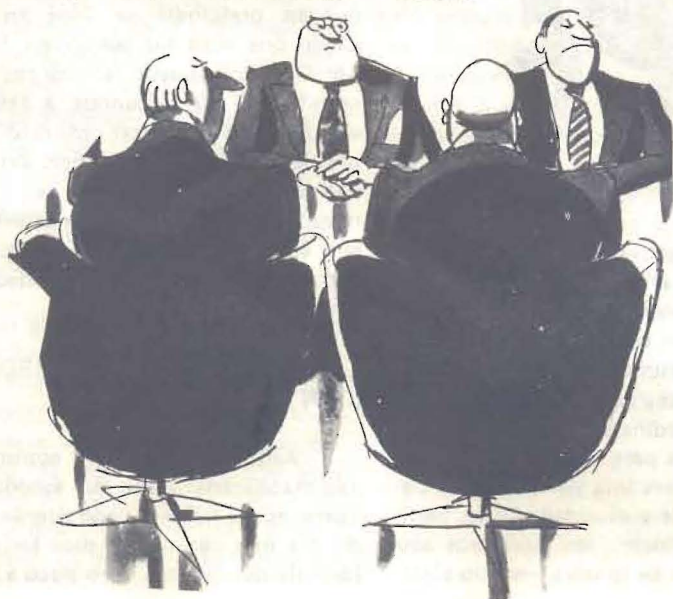
La hipótesis del jardinero sobra. Sólo puede ser planteada como residuo: o bien fijándonos en los aspectos que aún nos quedan por dominar o bien como un planteamiento que refleja el estado de cosas de regiones más atrasadas y apegadas a sus tradiciones, que aún no se han decidido a hacer su propia historia. En cuanto uno se pone manos a la obra se desencanta el mundo, el jardinero se esfuma: nunca uno se topa con nadie que maneje el trueno o haga llover o temblar la tierra o ninguna mano que aplaste a nadie ni lo levante. Y cuando estos hombres dieron la vuelta a la tierra vieron desde sus satélites que nadie la sostenía, no se encontraron con ningún jardinero.

Cuando el Occidente desbancó al dios del universo y de la vida sociopolítica le levantó el santuario de la conciencia. La naturaleza ya no era sagrada, pero la persona seguía siéndolo, seguía siendo un mundo into-

cable visitado sólo por este Jardinero del espíritu. Pero esta situación duró poco. También el mundo interior se vio como un material con el que el hombre debía trabajar. Un trabajo más complejo, más delicado, pero igual que el que emprendía sobre el mundo y sobre la vida económica y política. Se ensayan modelos, se comprueban, se corrigen. Y en este trabajo por moldearse uno a sí mismo, con ayuda de los expertos, tampoco uno se topa con "jardineros espirituales".

Este hombre occidental no cree que ha conseguido todo, pero piensa que todo está en sus manos, si no hoy sí tal vez mañana, y en este camino no se topa con ningún jardinero, ningún dios, ningún supermán. En la tarea de hacer la historia cree que lo que él no haga nadie lo hará.

El Occidente proclama la muerte del dios-fundamento de un determinado estadio histórico. Ese fundamento es la humanidad. La muerte del dios—explicación de lo que sucede, el dios—sucedáneo de la ciencia. El hombre, se dice, ha llegado a la mayoría de edad. Puede asumir el control del mundo y de sí mismo. Es lo que se llama la secularización.



¿COINCIDEN OPRESORES Y OPRIMIDOS?

El Occidente desarrollado tiene una imagen de Dios y concluye que ese dios ha muerto "la muerte de mil cualificaciones". Es una hipótesis superflua. Ese dios no hace nada, no está.

La Iglesia latinoamericana por su parte también tiene su propia imagen de Dios y concluye coincidentemente que su Dios no está en el presente ordenamiento social.

Parece ser que nos encontramos ante una correlación y que la conclusión es de todos los modos que no está Dios. Sin embargo no debemos olvidar que aquí la palabra de Dios se refiere a dos imágenes opuestas. Ya nos hemos referido a la del Occidente desarrollado. Expondremos ahora la nuestra.

Nos vamos a referir a un texto capital de la Conferencia de los obispos latinoamericanos celebrada en Medellín (1968). Dice así:

"La paz con Dios es el fundamento último de la paz interior y de la paz social. Por lo mismo, allí donde dicha paz social no existe, allí donde se encuentran injustas desigualdades sociales, políticas, económicas y culturales, hay un rechazo del don de la paz del Señor; más aún, un rechazo del Señor mismo (Cf. Mt. 25, 31-46)". (Medellín 2, 14).

Aparentemente sería la misma imagen. Dios sería el jardinero. Si el jardín está abandonado, quiere decir que el jardinero está ausente. Incluso hablaríamos también de la debilidad del jardinero: en el texto se apuntaría que no lo han dejado entrar, lo han rechazado. Y podríamos concluir lo mismo: ¿para qué sirve un dios así? Es una hipótesis superflua.

COMO LOS OPRIMIDOS BUSCAN A DIOS

SE TRATA DE SABER SI HAY ESPERANZA

Pero en realidad los obispos latinoamericanos dicen algo muy distinto. No se trata de encontrar una explicación de por qué está así, con tantas malas yerbas y tan pocas flores, la situación socio-política de nuestro continente. Esto ya lo examinaron en el capítulo anterior con ayuda de las ciencias sociales. Ellos saben que no hay que acudir a ningún jardinero para explicar esta situación: nuestra historia es la explicación de la situación actual. Tampoco se trata de saber que esta situación va en contra de las grandes mayorías. Eso ya quedaba patente en el análisis. Por esta dirección no hay camino. No se trata, pues, de una interpretación de nuestra situación. Se trata de saber si hay esperanza. Y para esto no bastan bellas

hipótesis ni prospectivas científicas. Se trata de saber si nuestros pueblos tienen fuerza para no sucumbir y para liberarse.

La pregunta sobre Dios es entre nosotros la pregunta por nuestra liberación. Nuestro Dios, decimos, no tiene connivencia con esta situación sociopolítica, él no es el dios de esta sociedad, él no la fundamenta ni la asiste, ni tiene trato con ella. A pesar de las entronizaciones y consagraciones nacionales, a pesar de los tedeum solemnes, a pesar de los títulos de sociedad occidental y cristiana, a pesar del mutuo respeto y colaboración entre las Iglesias y los Estados esta situación es el rechazo de Dios, "una situación de pecado" (Medellín 2,1).

Y nosotros sabemos que una situación fundada en contra de Dios está fundada sobre arena. Ya que nuestro Dios no es un jardinero cósmico sino el Señor trascendente. Y por lo mismo no es ningún supermán ni nadie que actúe entre bastidores. Dios actúa libremente. No como una fuerza de este mundo. Sino salvando lo que está condenado, dando vida en la muerte y abriendo al futuro que hoy luce imposible, es decir, haciendo historia. Por eso "el Pueblo de Dios en América Latina, siguiendo el ejemplo de Cristo, deberá hacer frente con audacia y valentía al eogísmo, a la injusticia personal y colectiva". (Medellín 2, 14).

¿DONDE ESTA TU HERMANO?

Aquí la pregunta sobre Dios no es una pregunta ociosa. Es una pregunta vital, una pregunta que vuelve sobre nosotros, una voz que nos dice "¿Dónde está tu hermano?" (Gn. 4,9). Aquí el hombre no es ese explorador seguro de sí, que investiga desde una posición incuestionable, absolutizada. Aquí el hombre se topa en verdad con una perspectiva absoluta que le dice "¿qué has hecho?" (Gn. 4,10). Dios no es una explicación al alcance de uno, es el Señor que le alcanza a uno, que le pone en su lugar, que le desmascara al preguntarle por su hermano, que le obliga a confesar que ese pretendido orden, esa pretendida legalidad son en realidad "violencia institucionalizada" (Medellín 2, 16). Las cosas no son así. Las hemos hecho así nosotros. Nosotros somos los culpables y si no nos convertimos perecemos.

EL ATEISMO COMO FALTA DE RESPONSABILIDAD

La imagen de Dios del Occidente desarrollado que hemos examinado era la del fundamento inmanente de una situación histórica deshistorizada, absolutizada, considerada como naturaleza. Progresivamente este mundo se descubre autor de esta situación y esa imagen de dios sobra y se evapora. El hombre es el autor del paraíso de la abundancia de la sociedad de consumo, el hombre es su propio dios.

Aparentemente esta secularización sería el fruto de la adquisición de una conciencia histórica. Pero esta conciencia sin embargo es muy limitada. Y el ateísmo es fruto no tanto de la conciencia histórica cuanto de su distorsión. En efecto, el hombre occidental cree que ya ha salido de la historia: a través de los dolores de la historia ya casi ha llegado al puerto, ya casi ha llegado a hacerse a sí mismo. No es que haya llegado, pero sí ha dado con la fórmula: ya propiamente se ha anulado la historia. Y esto tanto en el Occidente desarrollado capitalista como comunista. Ambos creen haber llegado, han absolutizado el presente. Ya no hay propiamente hablando futuro sino desarrollo del presente, aunque a veces se afirme lo contrario.



No hay conciencia histórica desde el momento en que hay una incapacidad radical para asumir que ellos son los causantes del tercer mundo, que su mundo lo han hecho a base de deshacer el resto del mundo. Que la otra cara de la brillante construcción del Occidente desarrollado es una política colonialista que se ha basado en el no reco-

nocimiento de la humanidad del tercer mundo. Su dinámica interna, las necesidades y aspiraciones de los países del tercer mundo sólo han sido conocidas para desarticularlas, para manipularlas y así sobre su descomposición cimentar su explotación y su dominio. Y si el segundo tercio de este siglo se ha caracterizado por la emancipación del tercer mundo esto no se ha debido al reconocimiento de su injusticia por parte del Occidente desarrollado y a su rectificación histórica. Se ha debido a que esas fuerzas espirituales, esas culturas desconocidas y despreciadas han vencido sobre la técnica superior, pero sin conciencia histórica, del Occidente. Desde el mau-mau hasta el vietcong, desde la India y la China hasta, en estos momentos, América Latina los pueblos del tercer mundo luchan por conseguir su liberación.

Pero el Occidente desarrollado no ha interpretado este vasto movimiento históricamente. Absolutizado su presente, ha reaccionado con miedo. El tercer mundo le ofrece compartir y crear, pero el Occidente sólo acierta a responder con amenazas de destrucción, con maniobras divisionistas, apelando a la corrupción de los líderes, invitándolos a que se distancien de sus pueblos y participen del banquete del hoy.

Este Occidente es ateo. Es incapaz de oír la voz de Dios, del Señor que los juzga para salvarlos. El Dios que les pregunta por sus hermanos del tercer mundo.

Claro está que no pretendemos decir que no haya creyentes en el Occidente desarrollado sino que son marginales, que este Occidente mayoritariamente cristiano se ha edificado un ídolo, el ídolo del tiempo presente, y no quiere convertirse. "No se puede servir a dos señores. No pueden servir a Dios y al dinero" (Lc. 16,13). Por eso no pueden convertirse a Dios y a sus hermanos. Mientras no renuncien a absolutizar la situación actual no pueden cumplir el doble y único mandamiento en que se encierra toda la ley y los profetas (Mt. 22,40).

DIOS Y RESPONSABILIDAD HISTORICA

Pero en América Latina ha surgido otra imagen de Dios. Dios es el que no nos deja morir en esta muerte que nos han impuesto. Pero Dios es también el que califica esta situación no como algo natural sino como violencia, como opresión. Y por eso Dios es ante todo el que nos llama a la historia, el que nos da esperanza. Y esperanza para todo el mundo, también para el occidente desarrollado. Veamos cómo.

Ha sido un gran acontecimiento el que la Iglesia latinoamericana se pusiera a interpretar la situación latinoamericana. Un acontecimiento de envergadura histórica. Tanto que para encontrar situaciones paralelas tenemos que remontarnos a la época de la independencia o a la época de la fundación de Latinoamérica como unidad cultural. Y podemos decir que la interpretación es mucho menos vacilante y mucho más coherente que en la época de la independencia. Es comparable en envergadura a los mejores momentos del siglo XVI.

UNA IGLESIA SIN CONCIENCIA HISTORICA

Es cierto que —para no hablar de otras épocas— en la primera mitad de este siglo la Iglesia latinoamericana ha hablado sobre Latinoamérica. Pero ha hablado sólo en relación con la institución eclesiástica o en relación a ciertas normas morales que la Iglesia tutelaba. No se ha preguntado por la situación como tal sino por la situación en cuanto afectaba a la organización eclesiástica. No se ha preguntado por la coherencia interna de esta situación, por la manera cómo está estructurada, por su racionalidad interna y por su dinámica. Ha pensado que eso no le incumbía. La fidelidad de los hombres a Dios

se jugaba en la fidelidad a la institución eclesiástica y a las normas morales.



La salvación en el fondo era independiente de la historia. Dios era ajeno a la construcción del mundo. O es que en definitiva se pensaba que nada se estaba construyendo, en el fondo todo era igual; lo más, las cosas evolucionaban, cambiaban de envoltura, pero siempre pasaba lo mismo; hablando propiamente, no había historia. En este mundo de naturaleza Dios era el creador de la naturaleza y la salvaguarda del orden moral. Sólo había que tener cuidado de que la hermosura de las criaturas no apartara la mente del creador y que las fuerzas de la juventud

ó la inteligencia o el poder no pervirtieran el corazón del hombre. La vida ya estaba hecha, se trataba de vivirla.

Pero la historia humana seguía su curso. Y nosotros en ella. Y al no tener conciencia de nuestro ser histórico vivíamos como reflejo de los que protagonizaban el momento histórico. Y si la conciencia de que iban a venir por el oriente otros seres representantes de los dioses facilitó el dominio español sobre la América indígena, la conciencia positivista de la superioridad racial anglosajona y de nuestra incapacidad para la técnica ayudó a introyectar la dominación inglesa y estadounidense. Incluso en la década del desarrollo llegamos a pensar que las potencias del norte nos querían ayudar pero que nosotros lo echábamos todo a perder con nuestra incapacidad congénita; éramos naturalmente ricos pero humanamente incapaces. Eso llegamos a decir.

EL SALTO DE MEDELLIN

Pero aquí y allá puñados de hombres por sus luchas por organizar al pueblo y por sus estudios de economía política fueron tomando conciencia de que las cosas sucedían de otro modo. Aquí fue definitivo el aporte marxista. Y ahora podemos hablar de una amplia toma de conciencia en el continente.



Pues bien, tenemos que decir que la Iglesia, en la fecha relativamente temprana de 1968, fue capaz de tomar conciencia histórica y de asimilar las categorías de análisis e in-

terpretación más avanzadas del momento. Tomó conciencia de la historia como un proceso único y universal pero no unitario sino escindido, radicalmente conflictivo. Fue capaz de comprender la situación interna de cada país, no como un estado natural en el que siempre habrá ricos y pobres, sino que la calificó de colonialismo interno y de conflicto de clases y grupos sociales. Y para comprender cómo se mantiene esta situación de violencia institucionalizada, se refirió a la relación del continente con el Occidente desarrollado como una situación de neocolonialismo externo. Y tratando de mirar esta situación con los ojos de Dios —que eso significa la interpretación teológica— concluyó claramente que era una situación de pecado. Una situación que negaba a Dios.

Esta realidad es la negación de Dios. Luego la afirmación de Dios conlleva la negación de que esto sea realidad, de que esto sea orden y salvación. Si la comunicación con Dios no abre una brecha en esta falsa totalización que es nuestra situación sociopolítica, es que no nos comunicamos con Dios sino con un ídolo.

Los obispos, pues, no sólo interpretaron históricamente el instante actual del continente, sino también su dinámica. Y aquí interpretación equivale a apoyo, a estímulo, a acción: "Estamos en el umbral de una nueva época histórica de nuestro continente, llena de un anhelo de emancipación total, de liberación de toda servidumbre, de maduración personal y de integración colectiva. Percibimos aquí los preñicios en la dolorosa gestación de una nueva civilización. No podemos dejar de interpretar este gigantesco esfuerzo por una rápida transformación y desarrollo como un evidente signo del Espíritu que conduce la historia de los hombres y de los pueblos hacia su vocación. No podemos dejar de descubrir en esta voluntad cada día más tenaz y apresurada de transformación, las huellas de la imagen de Dios en el hombre, como un potente dinamismo" (Medellín, Introducción 4).

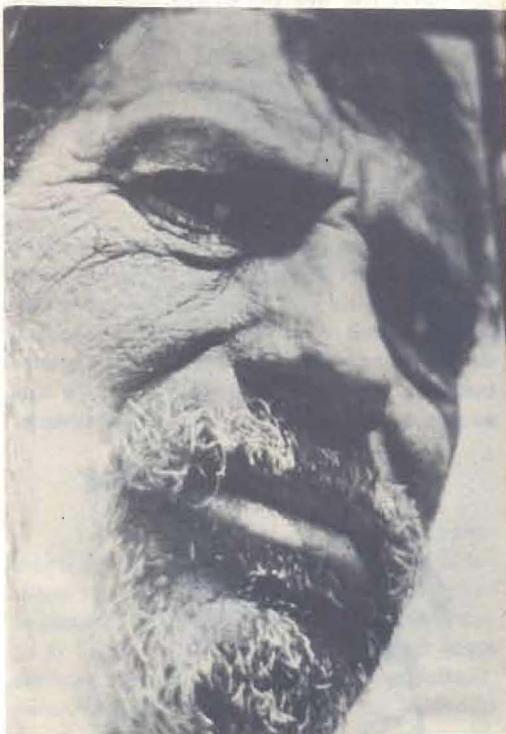
UNA SITUACION DE EXODO

Y los obispos van más lejos. No se refieren a esta hora como a un momento más en el desarrollo normal de la Provincia de Dios sobre la historia de los hombres. Se refieren a esta hora de encrucijada, en que se da la negación de Dios y la tentación de las revoluciones explosivas de la desesperación, a causa del endurecimiento de los grupos de poder, como a una hora privilegiada del paso de Dios, de la revelación de Dios en la acción; lo comparan a ese constante punto de referencia de la historia de Israel, lo comparan a la Pascua: "Así como otrora Israel, el primer Pueblo, experimentaba la presencia salvífica de Dios cuando lo liberaba de la opresión de Egipto, cuando lo hacía pasar el mar y lo conducía hacia la tierra de la promesa, así también nosotros, nuevo Pueblo de Dios, no podemos dejar de sentir su paso que salva cuando se da el verdadero desarrollo, que es el paso, para cada uno y para todos, de condiciones de vida menos humanas, a condiciones más humanas" (Medellín, Introd. 6). Este proceso histórico latinoamericano es manifestación del poder salvador de Dios. Y así como los israelitas conocieron a Dios en esta revelación histórica así nosotros sabremos quién es Dios a través de este proceso histórico, si nos metemos en él sin temer las iras de los faraones de turno.

Hemos hablado de una situación de Exodo: Eso significa que está en marcha un proceso histórico en el que naceremos como pueblo, como Patria Grande, a través de una lucha que llevará también seguramente algún género de muerte. Se nos invita a ir más allá, pero no más allá como evolución de este presente sino rompiendo sus fronteras, venciendo a los poderes que las custodian, entrando en una tierra de nadie, vagando por un desierto que hay que llenar con nuestra creatividad. A través de este proceso sabremos quiénes somos y sabremos quién es Dios.

Por eso hablar de Exodo es mucho más que una metáfora. Es conocernos a tra-

vés de este símbolo arquetípico de la revelación de Dios que acontece en la liberación de los pueblos. Por eso no es de extrañar que de un modo tan recurrente se apele al Exodo en tantos documentos de grupos cristianos latinoamericanos, y que los obispos latinoamericanos, hablando en Medellín de la presencia de la Iglesia en la actual transformación del continente, se hayan referido de un modo tan preciso a la Pascua hebrea. Se han referido a ella como algo que nos toca. No un simple paralelismo formal sino como un primer episodio de nuestra historia, un episodio al que también nosotros estábamos llamados a dar nuevos contenidos. Vamos a contarlo.



VAMOS A CONTAR LA HISTORIA DEL EXODO

LA EXPERIENCIA DE LA OPRESION

Hace muchos siglos, como trece siglos antes del nacimiento de Cristo, había un gran imperio en el sureste del mar Mediterráneo. Este imperio tenía en su seno muchos pueblos sometidos a su servicio, entre ellos unas tribus semitas que tal vez en épocas anteriores habían gozado de un cierto status socio-político. Pero en la época que nos ocupa estaban semimilitarizados: trabajaban para el Estado organizados y vigilados, y recibían a cambio el sustento. Había un gran malestar, pero la represión impedía cualquier manifestación organizada. Sin embargo, cuando el control estatal quiso llegar hasta la regulación de la natalidad más drástica que es el infanticidio, la solidaridad de pueblo funcionó a través de motivaciones religiosas. Y el pueblo seguía creciendo, hasta constituir una cierta amenaza para el imperio.

Pero también había personas que por diversas circunstancias lograron salir del ghetto, adoptaron la cultura dominante y servían al imperio en cómodas posiciones de la administración. Una de estas personas se llamaba Moisés. Era hebrero de nacimiento, pero su cultura y sus intereses de clase le unían al opresor y le distanciaban de su pueblo.

Un día, quién sabe si llevado por la nostalgia, por algún lazo de sangre o por su misma ocupación, bajó al ghetto. Y allí vio la otra cara de las mentiras oficiales, comprobó la dureza del trabajo, la realidad de la opresión. Presenció una escena que le hirvió la sangre; sería una escena más o menos corriente de abuso de autoridad por parte de la policía. El recibió el golpe, como una humillación propia, la humillación de su pueblo. Y como a diferencia de su pueblo tenía poder, mató al agresor. Quiso seguir viviendo como si nada hubiera ocurrido. Pero enseguida se encontró con la terrible realidad de que para la autoridad ya no era el funcionario complaciente sino un individuo más de un pueblo sometido, un peligro potencial, un enemigo. Y para su pueblo aún seguía siendo el colaboracionista, el que actuaba prepotentemente sin medir las consecuencias sociales de su conducta. La policía lo busca, su pueblo de origen no lo siente como suyo para encubrirlo. Se encuentra solo y tiene que huir al destierro.

LA EXPERIENCIA DE DIOS

Y un día este hombre que había experimentado el poder del imperio en contra de sí, experimenta el poder de Dios. Y el que había podido salvarse del poder de la potencia imperial se ve absolutamente desarmado ante Dios. Y así como cuando toma conciencia del poder imperial lo experimenta como poder opresor, así ahora al verse frente al

poder de Dios lo experimenta como un poder liberador. Dios le da conciencia de pertenecer a un pueblo cuya razón de ser aún aguardaba cumplimiento histórico. El Dios de sus padres no era como los poderosos de la tierra que solo pueden dominar esclavizando. Moisés experimenta que servir a Dios es tarea de hombres libres. Comprende que olvidar a Dios y aceptar la situación de opresión como algo inevitable eran la misma cosa. Como ir

al encuentro de Dios y sacudirse el yugo del opresor serían un único proceso de liberación.

Moisés es reenviado a su pueblo, y el temor al poder dominador se ve contrarrestado por la experiencia del poder soberano de Dios. Así toma conciencia de que el proceso de liberación que se está desatando no es sólo cuestión de estrategias y tácticas. La historia humana es un proceso atravesado por fuerzas supraindividuales y aun suprahumanas. Y cuando Moisés pide el nombre de esta fuerza liberadora, Dios le remite a la historia. Si Moisés se apoya en Dios experimentará su firmeza. Pero que no intente servirse de él, él es un Dios soberano.

LA LUCHA DE LIBERACION

Moisés regresa a su pueblo y debe probar que ha cambiado.

El pueblo se organiza y pide sus derechos: El constituirse como pueblo en el acto de adorar libremente a su Dios. El poder imperialista reacciona con dureza: Doble trabajo para que no anden imaginando utopías. El primer intento de liberación acaba en más opresión, la concientización suscita mayor represión. El pueblo anda agobiado y se queja de sus líderes: ¿De qué sirve tomar en serio la religión si estamos peor que antes? ¿Dónde está la fuerza del Señor? Y también Moisés hace esta pregunta, pero se la hace a Dios, la transforma en oración e introduce al pueblo en esta dialéctica. Con esto la situación del pueblo se reinterpreta una y otra vez creadoramente. Ya la agudización de la opresión no disuelve al pueblo, esta esclavitud sentida como tal ya no totaliza la situación, es un presente que pasa; junto a él se va haciendo cada vez más espacio el presente que se abre al futuro, el presente para aspirar, para resistir, para organizarse, para luchar y para cantar; para responder a esa voz de Dios que los llama a una vida humana.

Ante las presiones cada vez más compactas del pueblo organizado el poder opresor responde con tácticas dilatorias. Por fin el pueblo comprende que ha llegado a una situación revolucionaria. El opresor nunca va a concederles la libertad. Y corre la sangre en el imperio. Hasta que una noche, aprovechando la paralización nacional causada por una acción terrorista en la que murieron muchos jóvenes egipcios, el pueblo inicia la marcha a la libertad. La salida de la casa de la esclavitud. El ejército regular va en su seguimiento. En una zona de marismas están a punto de ser alcanzados. Hay un desfallecimiento general. El movimiento liberador parece abortado. El pueblo reclama a sus líderes y nuevamente los líderes logran dar sentido a la situación situándola en un horizonte de nuevas posibilidades: no es que la situación no da para más, no es que se ha perdido todo. Eso era en el esquema antiguo de esclavos atemorizados por sus capataces. Esta es la hora en que va a nacer un pueblo al tomar conciencia de que tiene una fuerza propia, su seguridad no dependerá ya de sus opresores. El pueblo acepta el reto de esta hora histórica.

Y en el mar Rojo el pueblo de Israel nace como pueblo. Como Moisés en la zarza, el pueblo experimenta ahora el poder liberador de Dios, un poder soberano, incomparablemente mayor que la fuerza del imperio. Y el canto a su Dios es simultáneamente el canto de su humanidad conquistada. Cantan al Dios que derriba a los prepotentes y que libera a los oprimidos. Un Dios soberanamente violento para acabar con la violencia que unos hombres infligen a otros, Yavé Sebaot, el Dios de los ejércitos.



ENTRE LA NOSTALGIA Y EL FUTURO: EL DESIERTO

Ya han salido del presente, el espacio organizado del presente ya no les pertenece: se encuentran en el desierto. El liberarse de la opresión no es ya automáticamente el haber alcanzado consistencia propia. Más aún el espacio de la opresión vive todavía en la sensibilidad, en las costumbres, en los modelos. Todo lo comparan con la situación anterior y tienden a rehacerla subvirtiendo el proyecto histórico liberador; tienden a dejar ya la marcha y a congelar el presente de las precarias ventajas adquiridas. Para qué seguir buscando: no es posible llegar a una tierra humanizada, entregada al hombre; no es posible llegar a una sociedad fraternal; no es posible construir hombres nuevos no esclavizados por miedos, por proyectos privados, por el cortocircuito del placer. Y se hicieron un dios a su imagen para adorarse a sí mismos, para sacralizar el presente.



El proceso fue muy largo y con muchas atrás y desviaciones. Pactaron con Dios una alianza: Renunciaron a instalarse en ninguna etapa, aceptaron medirse por Dios, es decir, caminar siempre más allá y caminar en la comprensión mutua, en la rectitud del corazón, en la justicia. Aceptaron, pues, no adorar nunca a las obras de sus manos. Y así mantenerse libres ante su Dios y humildes en su presencia. En ello supieron ver certeramente el fundamento de su existencia de pueblo libre.

Hay que decir que toda esta generación murió en el desierto. Eso no quiere decir que vivieron de una ilusión y murieron frustrados. Vivieron de una esperanza que les supo dar plenitud personal incluso en la misma incompletez de esa etapa de su proceso social. Hubo sin embargo quienes no resistieron la tensión de esta esperanza y pretendieron entregarse al momento presente como si fuera algo definitivo. Esos sí tuvieron un despertar amargo.

DE LA LIBERTAD A LA ESCLAVITUD PASANDO POR LA INJUSTICIA

Muchos israelitas pensaron que esta historia había llegado a su plenitud en tiempos de David y Salomón. Y así la comenzaron a poner entonces por escrito como desde una cima. Y en cierto modo así lo era.

Pero al estabilizarse la situación vinieron a institucionalizarse las diferencias sociales y la explotación del pueblo. Correspondientemente la presencia de Dios, que la nación sólo poseía en cuanto la buscaba y aceptaba medirse por ella, pretende ser encerrada en normas y cláusulas y manipulada por una casta especializada. El acto de liberación del Exodo y la alianza correspondiente se interpretan como un privilegio adquirido.

Contra esta concepción se rebelarán los profetas. El Exodo sí está vigente, pero él da testimonio en contra de Israel. El Dios

de Israel es el Dios que libera a los oprimidos y sólo en cuanto liberador de los oprimidos es Dios de Israel. Así, puesto que la organización sociopolítica de Israel es opresora, el Dios del Exodo, el Dios de Israel va a repetir el mismo episodio, pero ahora en contra del Estado Israelita: *"Hijos de Israel, ¿no son ustedes para mí como hijos de etíopes? —dice Yavé— ¿No hice yo subir a Israel del país de Egipto, como a los filisteos de Kaftor y a los arameos de Quir? He aquí que los ojos del Señor Yavé están sobre el reino pecador para exterminarlo de la haz de la tierra"* (Amós 9, 7-8). Esta requisitoria del profeta Amós significaba negar la legitimación religiosa a todo el orden sociopolítico. Por eso el sacerdote del santuario real lo denunció al rey como conspirador. Y Amós desapareció de la escena.

Por esa misma época Oseas cree que el pacto ya se ha roto. Israel no es el pueblo de Dios (Os. 1). Pero si el pueblo ha abandonado a Dios, Dios no abandona a Israel y hará un nuevo pacto *"en justicia y equidad, en amor y compasión"* (2,21). Para eso suscitará Dios un vasto movimiento histórico, una recreación espiritual del pueblo como en los días del Exodo: *"La llevaré al desierto y hablaré a su corazón... y ella me responderá allí como en los días de su juventud, como en el día en que subió del país de Egipto"* (2,16-17)

Un siglo después sin embargo, Isafas asiste a una cierta renovación religiosa y sociopolítica en tiempos del rey Ezequías; por eso piensa que la nación aún está en la órbita del Exodo y que el Señor va a actuar contra la potencia imperial del momento como actuó contra Egipto: *"Despertará contra él Yavé de los Ejércitos un azote como cuando la derrota de Madián en la peña de Horeb, o cuando levantó su bastón contra el mar en el camino de Egipto. Aquel día te quitará su carga encima del hombro y será arrancado su yugo de sobre tu cerviz"* (10, 26-27).



Un siglo más tarde Jeremías encuentra a la nación sumida en la injusticia y en la idolatría. Y como Oseas, se remonta a los días de la liberación que en el recuerdo resultan ennoblecidos como días de búsqueda de Dios y de justicia: *"Entonces me fue dirigida la palabra de Dios en estos términos: Anda y grita a los oídos de Jerusalén: así dice Yavé:*

Aún me acuerdo de la pasión de tu juventud, de tu cariño de novia, cuando me seguías por el desierto, por tierra sin cultivar.



Consagrado a Yavé estaba Israel,
era lo mejor de su cosecha.
Quienquiera que lo coma será reo,
y pronto le vendrá la desgracia,
palabra de Yavé.
Gente de Israel con todas sus familias,
Escuchen lo que dice Yavé:
¿Acaso sus padres me hallaron desleal
que se han alejado de mí?
Se fueron tras la Vanidad
y ellos mismos se hicieron vanos.
En cambio no dijeron
¿Dónde está Yavé

que nos subió de la tierra de Egipto,
que nos llevó por el desierto,
tierra de estepas y barrancas,
por tierra seca y sombría,
tierra por donde nadie pasa
y en donde nadie se asienta?

Yo soy quien los condujo a la tierra de jardín
para que gozaran sus bienes
y comieran sus mejores frutos.
Pero llegaron y ensuciaron mi tierra
y pusieron mi heredad
hecha una abominación" (2,1-7)

La reforma que emprende Josías le da una cierta esperanza. Pero la esperanza se trunca y el profeta ve que ya no hay nada que hacer. La amenaza de Dios, "Maldito el hombre que no escuche los términos de esta alianza que mandé a sus padres el día que los saqué de Egipto, del crisol de hierro" (11,3-4) se va a cumplir sobre la nación porque "la casa de Israel y la casa de Judá han violado mi alianza que pacté con sus padres" (11,10).

Pero Jeremías, el que anuncia la aniquilación del pueblo a manos de su propio Dios, porque no es un Dios alcahuete de las injusticias sino un Dios liberador del oprimido, es también el que anuncia una nueva alianza "no como la alianza que pacté con sus padres cuando los tomé de la mano para sacarlos de Egipto que ellos rompieron mi alianza y yo hice escarmiento de ellos" (31, 32.) Esta alianza no fallará porque Dios se comprometerá absolutamente con el pueblo. Y esta alianza estará ligada a un nuevo acto de liberación más grande que el de Egipto:

"En efecto, miren que vienen días —oráculo de Yavé— en que no se dirá más ¡Por vida de Yavé, que subió a los hijos de Israel de Egipto!, sino '¡Por vida de Yavé que subió a los hijos de Israel del país del norte y de todos los países a donde los arrojó!'. Pues yo los devolveré a la tierra que di a sus padres" (16,14-15).

EL NUEVO EXODO

La nación liberada por Dios es conducida al destierro y deja de ser nación independiente. Este hecho histórico sacaba a la luz el hecho profundo, pero no reconocido, de que la nación era ya esclava de la opresión de sus clases dominantes, estaba internamente descompuesta, no era dueña común de las obras de sus manos, adoraban como un ídolo a la fuerza engañosa de su prosperidad.

A los cincuenta años de destierro salió un profeta anónimo que llamamos el segundo Isafas. El fue capaz de percibir que la situación iba a cambiar, que este pueblo humillado, sometido en la capital del imperio, era llamado a un nuevo combate por su liberación. Un combate como el del Exodo, a través del desierto del desligarse de los centros de poder del presente para inventar un futuro. Un combate como el del Exodo cuyo sentido sería acabar con lo prepotente y levantar a lo humillado para crear una condición fraternal: "Una voz clama:

*"En el desierto abran camino a Yavé,
tracen en el páramo un camino recto
a nuestro Dios.*

*Que sean rellenadas todas las quebradas
y rebajados los cerros y lomas;
que se aplanen las cuestas
y queden como un llano las colinas.*

*Porque se revelará la gloria de Yavé
y toda criatura a una la verá.*

*Pues la boca de Yavé ha hablado". (Is.
40, 3-5)*

En los días lentos del destierro, entre miedos y conspiraciones, este hombre capta que renace una voluntad de pueblo y, como en los días de la fundación, comprende que la garantía de este proceso es el compromiso del Señor, el Dios soberano, dominador de todos los poderes, que combatirá sus combates renovando los prodigios antiguos: "Así dice Yavé,

*que trazó camino en el mar
y vereda en aguas impetuosas,
que empujó al combate a un formidable
ejército de carros y de caballería.*

*Todos cayeron para no levantarse más,
y se apagaron como una mecha
que se consume.*

*¿No se acuerdan de lo pasado,
ni caen en la cuenta de lo antiguo?*

*Pues bien, he aquí que yo lo renuevo:
ya está en marcha*

¿Es que no lo notan?" (43,16-19)

Unos treinta años después la llama de la esperanza que prendió ese profeta ya parece algo gastada. No hay grandes hechos militares ni políticos para el pueblo de Israel y esa conversión a la humildad ante Dios y a la justicia social parece aún lejana. Un nuevo profeta se levanta recordando de nuevo el Exodo y pidiendo que el Espíritu de Dios prenda otra vez:

*"Entonces se acordaron de los días pasados,
de Moisés su servidor:*

*¿Dónde está aquél que los salvó de la mar
junto al pastor de su rebaño?*

*¿Dónde está el que puso dentro de ellos
su Espíritu Santo,*

*que hizo actuar a la derecha de Moisés
su brazo victorioso,*

*que partió las aguas del mar delante de ellos
para hacerse famoso para siempre;*

*que los hizo caminar por el fondo del mar
con tanta facilidad como un caballo*

*por el potrero, sin que se tropezaran
como un buey que baja a la llanura?*

*El Espíritu de Yavé los llevaba a descansar.
Así fuiste guiando a tu pueblo,*

y con esto te hiciste famoso

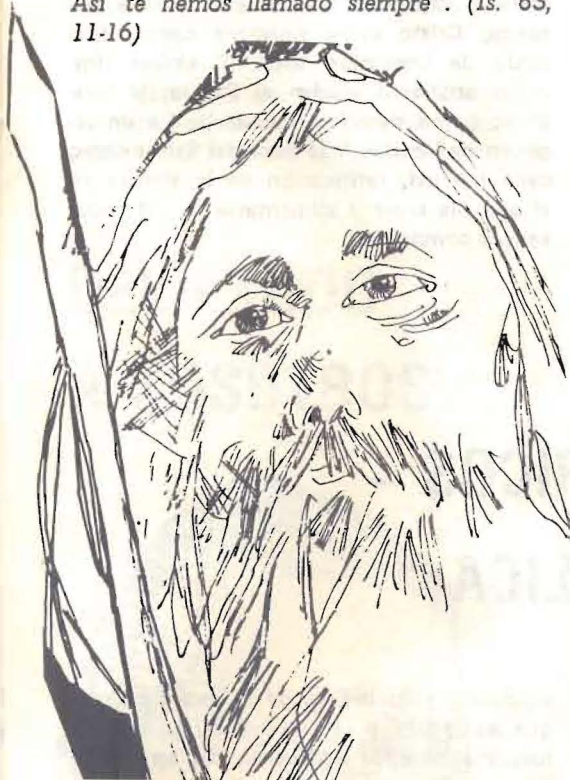
*Mira desde los cielos y ve, desde tu santo
y lujosos apostento:*

¿Dónde están tu preocupación y tu poder?

¿Por qué ya no se conmueven tus entrañas?

Ah, no sigas sin sentir pena por nosotros.

Pues tú eres nuestro Padre.
Abraham no nos reconoce
e Israel no se acuerda de nosotros;
pero tu, Yavé, eres nuestro Padre,
nuestro Redentor.
Así te hemos llamado siempre". (Is. 63,
11-16)



En la restauración precaria de Israel bajo la forma de Judaísmo el recuerdo del Exodo se mantiene vivo, pero se ritualiza deshistorizándose. La fiesta que lo conmemora, la Pascua, es el eje de la religión; pero no es ya una comida de conjurados, de hombres hermanados en la lucha por la liberación total, sino la celebración de los adeptos a una religión que sin cambiar su condición histórica de vida creen poseer ya una libertad y hermandad religiosa. Se creen ya libres, libres de nacimiento, por ser judíos, salidos por siempre de la casa de la esclavitud. Pero esa

libertad, al no tener una concreción social ni moral ni política, resulta una alienación. Es lo que perciben muchas oraciones, los salmos en los que el pueblo expresa ante Dios y se expresa a sí mismo reunido en asamblea su situación de humillación, su necesidad de una liberación integral y su esperanza.

En los últimos siglos antes de Cristo surgen grupos que conciben la salvación históricamente. Pero frecuentemente su visión es demasiado estrecha, nacionalista, como si Yavé fuera un Dios tribal y no el Padre de los pobres de la tierra, el valedor de los oprimidos, el Señor de la Historia humana.

DE LA ESCLAVITUD A LA LIBERTAD PASANDO POR LA MUERTE: JESUS

En esta coyuntura se presenta Jesús. El rechaza ponerse al frente de pretensiones nacionalistas, pero anuncia que viene a liberar a los oprimidos (Lc. 4,18). El ve al pueblo "vejados y decaídos, como ovejas sin pastor" (Mt. 9, 36). Y los enseña, los alienta y obra muchas señales que dan testimonio de la presencia de Dios que viene a rescatar a su pueblo. Su liberación consistía en crear un orden nuevo de relaciones humanas basado en un servicio mutuo y arrancando de su yugo a los grupos desposeídos y oprimidos. Para eso Dios mismo actuaba cambiándonos —conforme habían dicho los profetas (Jr. 31, 34; Ez. 36,26)— el corazón egoísta y ansioso por un corazón filial ante Dios y abierto al hermano. Pero las autoridades civiles y religiosas lo fueron acosando y lo mataron. El murió el día de la Pascua y el día anterior celebró la cena de la Pascua. En ella quiso simbolizar el sentido que había tenido su vida y el sentido que tendría su muerte. Y de esta manera no sólo desritualizó la Pascua y anudó directamente

con el acontecimiento del Exodo sino que le dio nuevo sentido, el sentido de una liberación total. Dijo que su vida había sido entregada libremente por ellos y por todos los hombres para el perdón de los pecados. Y que de esta manera él era la Alianza nueva y eterna entre Dios y los hombres. Su paso por la muerte fue como el paso por el mar Rojo, fue la manifestación más radical de la confianza en su Padre y de su amor a nosotros. Dios lo resucitó, por eso sabemos que su vida tiene futuro, que el camino de la liberación está abierto y que está con nosotros la fuerza para recorrerlo: él mismo como vida del mundo.

El bautismo sería el símbolo de esta conversión de los ídolos de cada uno y

de los ídolos de la sociedad al Dios vivo y verdadero que viene en Jesús a establecer una alianza que significa simultáneamente el ser hijos suyos y el vivir en sociedad libremente como hermanos. La eucaristía sería la expresión viva de esta marcha histórica, Cristo entre nosotros como esperanza de liberación total. Y ambos símbolos cristianos aluden al Exodo: el bautismo como paso de la esclavitud a un régimen de libertad y la cena del Señor como cena pascual, ratificación de la alianza en el acto de creer y alimentarse de esta nueva vida compartida.

SIMBOLOS HISTORICOS – HISTORIA SIMBOLICA

Pero ambos son símbolos; reales, eficaces y verdaderos, pero bajo la forma de símbolos. Si se vuelven cosas, si se ritualizan, si dejan de aludir a la historia, si se superponen a ella como algo aparte, algo en sí; si no expresan la conversión que se lleva a cabo en el proceso histórico se vuelven ídolos. A eso se refiere San Pablo recordando el Exodo y dándole el sentido de un símbolo histórico: *“Todo esto les acontecía en figura y fue escrito para aviso de los que vivimos en la plenitud de los tiempos”* (1 Cor. 10, 11). *“No quiero que ignoren, hermanos, que nuestros padres estuvieron todos bajo la nube y todos atravesaron el mar; y todos fueron bautizados en Moisés, por la nube y el mar; y todos comieron el mismo alimento espiritual; y todos bebieron la misma bebida*

espiritual, pues bebían de la roca espiritual que les seguía, y la roca era Cristo. Pero la mayoría de ellos no fueron del agrado de Dios” (1 Cor. 10, 1-5). Y no fueron del agrado del Señor porque estos símbolos no eran la expresión de su conducta. Y eso que para San Pablo en estos sacramentos ya estaba presente y actuante la única salvación de Cristo. Pero es que para él participar de estos sacramentos sin vivir según lo que ellos expresan es “no discernir” (1 Cor. 11,29) al Señor que pasa.

Y así como los sacramentos que expresan realmente el paso liberador del Señor no son cosas, objetos; son verdaderas realidades pero bajo la forma del símbolo, es decir unidas orgánicamente a una actuación histórica, así tampoco los procesos históricos de li-

beración son cosas cerradas en sí, liberaciones automáticas —"ex opere operato"— que dirían los escolásticos. Tienen sentido en cuanto expresan la liberación total, en cuanto la historia es símbolo de ese paso del Señor.

Esto es lo que los obispos latinoamericanos han sabido ver en Medellín: el sentido histórico de los sacramentos y el sentido sa-

cramental de la historia. Es decir que el contacto del hombre con Dios es un hecho social que acontece en la historia. Pero también que la historia es un hecho abierto: la historia es la historia de Dios y la humanidad y solo en esa relación real con Dios se descubre a sí mismo el hombre; ese es el verdadero, el completo horizonte humano. Sin él el hombre se empequeñece, se deforma. Y la historia en vez de ser de liberación es de destrucción.

DEL EXODO A NOSOTROS



Pero la historia no es un proceso lineal y amorfo, regulado por el movimiento impasible de los astros que miden nuestros relojes. La historia se va estructurando, y hay momentos en los que se precipitan procesos muy lentos y laboriosos, momentos que suponen una verdadera muerte, pero de los que nace una era nueva. Pues bien, si la historia es un proceso abierto, tenemos que decir también que hay momentos en los que la relación Dios—hombre recibe una nueva luz, una nueva determinación. Son momentos de revelación, revelación simultánea de Dios y el hombre.

Uno de esos momentos fue el Exodo. Hemos querido contar esa historia que pasó unos trece siglos antes de Jesucristo, y contándola, sin salirnos de ella, hemos llegado, a través de Jesús, hasta nuestro propia historia. ¿Qué significa esto?

Esta historia del Exodo es una historia de liberación. Los israelitas luchan victoriosamente por liberarse de la potencia imperialista de Egipto y por liberarse de la imagen introyectada de hombres esclavos.

Hoy en latinoamérica luchamos por liberarnos del moderno imperialismo, sobre todo de Estado Unidos, y por liberarnos de la falsa seguridad de la inercia, de la imitación, de la subordinación aceptada. ¿Quiere decir que son dos procesos paralelos, dos procesos de liberación?

Si así fuera no vemos por qué sería capital para nosotros la referencia al Exodo. Para animarnos tenemos otros acontecimientos más cercanos y como categorías de análisis las ciencias sociales nos ayudan infinitamente más. Este recurso al Exodo sólo se justifica si la liberación de Israel y la nuestra son dos etapas del mismo y único proceso de liberación. Y sabemos que esto es así por la interpretación cristiana del Exodo. Ya que en Jesús, en su vida, su muerte y su resurrección —que él interpreta como Pascua para todo el mundo: como paso de la esclavitud a la libertad— se nos revela que ese oscuro suceso de la liberación de unas tribus seminómadas de un imperio opresor no es un suceso errático, marginal sino que ahí se encierra el sentido de la historia, esa es su dirección. Y eso no lo sabemos aún en el Exodo de un modo científico sino de un modo simbólico: Dios, el interlocutor de la humanidad, se ha revelado allí como el que no tolera la opresión como el que actúa en el sentido de la liberación humana. Y por ese hecho

el carácter de la liberación humana tiene su última clave en Dios, es un proceso que comienza y acaba en él, asumiendo todas las estrategias y las tácticas y las teorías y los sudores y lágrimas y victorias y víctimas.

No es que en el Exodo esté todo. Pero la revelación de Dios, si bien es progresiva, nunca se desmiente. Hemos visto cómo diversos hombres tratando de encontrar caminos para su pueblo en coyunturas históricas difíciles se refirieron al Exodo. De este modo el acontecimiento histórico nuevo encontraba cauces con ayuda de la antigua revelación. Y a su vez la revelación del Exodo se ahondaba más y se cargaba de nueva sustancia histórica. ¿Y cuál sería ese núcleo del Exodo?



EL NUCLEO DEL EXODO

DIOS SE REVELA EN LA HISTORIA

En primer lugar ahí se manifiesta inequívocamente el sentido abierto de la historia. Es decir que Dios no es sólo nuestro creador sino que nos ha creado para dialogar con nosotros, para marchar con nosotros ha-

cia él. Dios nos "conoce" nos "ve", nos "oye" y él "baja" a nosotros (Ex. 2, 24-25; 3, 7-8). En este acto se muestra el carácter insuficiente de la religión en cuanto modos que los pueblos inventan para mostrar su re-

verencia hacia el creador de todo. ¿Qué sentido tiene hacerle casas a Dios cuando él es el que históricamente fabrica con nosotros el mundo como casa habitable para nosotros, cuando él es el que nos salva del caos y nos redime de la inhumanidad? (2 Sam. 7, 1-16). Ya no se trata ante todo de inventar modos de adorar: ahora se trata de oír, de atender, es decir de no vivir instalados, absolutizados sino de vivir históricamente. Porque Dios se ha revelado en la historia y con eso se ha revelado que la historia es revelación. Revelación de Dios y revelación del hombre.

Esto quiere decir que no se puede conocer a Dios aparte de la Historia, aislándose del mundo. La pregunta por Dios no es una pregunta curiosa, ociosa. Tampoco es una pregunta ontológica en el sentido de preguntar por lo que es, por la naturaleza. La pregunta curiosa es una pregunta antiteísta, blasfema porque presupone una instalación, una absolutización, una autodivinización. La pregunta ontológica es insuficiente, y después de que Dios ha hablado significa no querer poner a Dios a prueba, no querer vivir la historia con Dios, no tener fe (Is. 7, 10-14).

La pregunta por Dios es la pregunta que relativiza la propia vida, que da lugar a Dios en la historia. Es la pregunta del desinstalado, del que busca: "Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según su palabra". Porque la palabra de Dios no alude a cosas sino a hechos. A la naturaleza sólo alude secundariamente, en cuanto material de la historia. Y al revelarse Dios en la historia se esclarece el puesto central del hombre en el mundo, el sentido humano de la naturaleza, a la vez que el sentido abierto de la humanidad.

Por eso en esta guía hemos comenzado preguntando por Dios y no hemos intentado responder exponiendo teorías sino que nos hemos referido a una historia. Porque no entendemos ante todo a Dios como un ente metafísico sino como una persona

que se revela por sus hechos. Conocemos a Dios conviviendo con él. Convivimos con él si vivimos sin instalarnos, históricamente. En esta revelación del Exodo se revela que toda la historia es revelación (Amós 9,7).

DIOS SE REVELA COMO LIBERADOR

En segundo lugar en el Exodo se manifiesta el carácter liberador de la revelación de Dios en la historia. La historia humana no sólo es abierta porque su horizonte es Dios sino porque el sentido de esta participación de Dios en la historia es el de abrir caminos, el de crear posibilidades donde ya no las hay, el de salvar lo que se había perdido. Es decir salvar la humanidad de la historia en trance de perderse cuando una nación o una clase social se segregan de los demás hombres y se erigen en dueños, en detentadores de la humanidad relegando a los demás a la categoría de instrumentos: bárbaros, indígenas—negro de mierda, indio bruto—, irracionales. La actuación histórica de Dios se encamina a salvar la humanidad de la historia en trance de perderse cuando unos hombres se absolutizan a sí mismos e instrumentalizan a los demás, cuando se hacen a sí mismos señores, dioses, y de este modo no sólo degradan a los demás sino que ellos mismos se degradan pues acaban adorando a las obras de sus manos. (Rom. 1, 18-32).

Y esto lo hace Dios no como un superman, como un "deus ex machina", como un señor más de la tierra combatiendo por el botín con los demás opresores sino suscitando en el pueblo la fe, una fe que en la degeneración de la opresión es capaz de concebir su vocación de libertad, es capaz de oír al Dios que lo llama a servirle en libertad. Y esa fe se transforma en desafío histórico, en capacidad de organización. La esperanza se hace paciencia en la larga marcha (Rom. 8,25) y se robustece en las dificultades (Rom. 5,

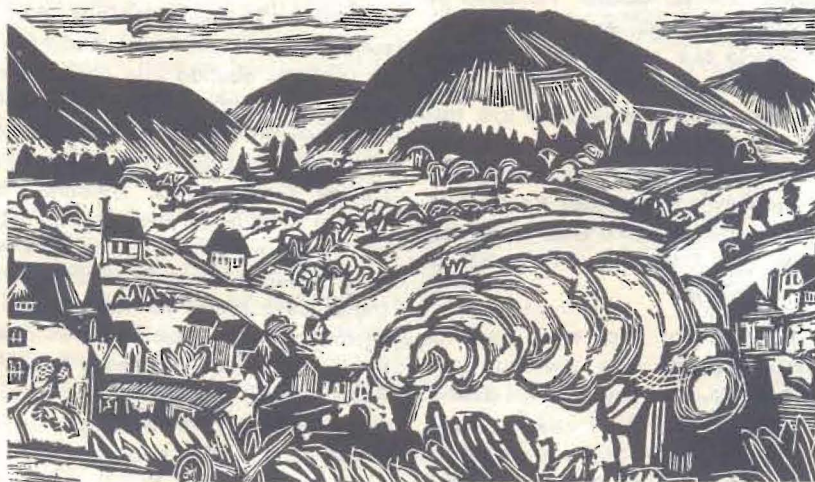
3-5) que vienen de la resistencia del opresor y del miedo a la libertad. "Yo estaré contigo" (Ex. 3,12) le dice Dios a Moisés, y mientras no te rindas, mientras no te resignes a la inhumanidad de la opresión, mientras creas que en la historia hay lugar para el hombre yo no te abandonaré.

Y ese es precisamente el nombre de Dios (Ex. 3,14): Yavé, el que está presente, el que no desampara al oprimido, el que no deja malparado al que lucha por la liberación; Yavé, la roca en la que el hombre puede construir su humanidad con seguridad, el escudo contra el que se estrellan todos los tiros del opresor; Yavé Sebaot, Dios de los ejércitos, poder del pueblo que combate por el derecho a una existencia humana.

24). Este Dios quiso ligarse a los hombres; nos los abandonará, y mientras Dios sea Dios habrá lugar para el hombre.

RADICALIDAD DE LA LIBERACION HUMANA: SOLO DIOS SALVA. LA RESPUESTA DE LA FE.

En tercer lugar en el Exodo se revela el carácter radical del proceso de liberación. La revelación del Dios liberador pone en marcha el nacimiento de un hombre nuevo que se va fraguando en la construcción del reino de la libertad. El servicio mutuo es el camino y el fin, y la expresión global es la adoración (Ex. 3,12). En efecto tanto la



Si a Dios se le conoce por sus hechos, si la prueba de su existencia es la fe —que es su real experiencia, la comprobación de su consistencia, el apoyarse en él, el caminar a su luz a ver si es posible el hombre— el Exodo descubre la naturaleza de Dios como un Dios de fiar. Dios no se revela como ese ser impasible e inmutable de la metafísica. Se revela más bien como aquella persona que no puede tolerar que unos hombres esclavicen a otros. La inmutabilidad del Dios bíblico es la fidelidad: "se acordó de su alianza" (Ex. 2,

sociedad opresora como el pueblo oprimido sólo se mueven por miedo. El miedo impide la creatividad y lleva a la confrontación y a la inercia. Y el miedo es instinto de conservación, miedo a la muerte. El poder imperial en el conflicto actúa represiva, conservadora. Y el pueblo oprimido a cada paso quiere volver a las antiguas relaciones, a la seguridad de la servidumbre.

La revelación del Dios bíblico en el Exodo confronta al hombre con su miedo a la libertad en su doble sentido de miedo al

conflicto y miedo al desierto. El hacerse dios de los opresores y el adorar al ídolo del sistema de los oprimidos son las dos caras del mismo miedo a la historia, son dos expresiones del deseo del hombre de colocarse en un horizonte limitado y fijo, de renunciar a la historia y asimilarse a la naturaleza. Por eso tanto el faraón opresor como el pueblo israelita huyen de Dios, pretenden desconocer un poder inmanejable, que rompe los esquemas establecidos y obliga a ir más allá.

Por eso cuando Moisés y Aarón se presentan al faraón y le conminan en nombre de Yavé: "Deja salir a mi pueblo para que me celebre una fiesta en el desierto". Respondió faraón: "¿Quién es Yavé para que yo escuche su voz y deje salir a Israel? No conozco a Yavé y no dejaré salir a Israel..." "¿Por qué apartan al pueblo de sus trabajos? ¡Marchen a su tarea!" (Ex. 5, 1-2-4). Y los israelitas en el instante supremo de la confrontación, al verse a punto de ser aniquilados por los ejércitos imperiales expresan su pavor a morir, que es su miedo a la confrontación histórica y que es en último término rechazo del Dios de la historia: "Te lo hemos dicho claramente: Déjanos en paz, queremos servir a los egipcios. Porque mejor es servir a los egipcios que morir en el desierto" (Ex. 14,12).

Es decir que la historia no es de ninguna manera un proceso automático, es un proceso que tiende a atascarse, a resolverse en naturaleza, a asimilarse a la evolución. La voz de Dios reclama al opresor los derechos de los oprimidos, le pide cuentas desde su condición de único Señor y de ese modo le baja de su falso pedestal. La voz de Dios reclama también a los oprimidos la abdicación de su condición humana y los llama a la esperanza, y de ese modo los rescata del tremedal de la postración. La voz de Dios llama a unos a no confundir su condición de privilegio con el Reino de Dios y llama a otros a no confundir su condición de opresión con la fatalidad y menos aún con el infierno, con

el rechazo de Dios. La voz de Dios los llama a todos a superar la situación. Pero no es una voz que está sobre el conflicto, no es una voz imparcial, es claramente una voz que asume la causa del pueblo.

Y ante esta voz tanto el opresor como el oprimido se esconden. Todos rechazamos la tarea de construir la historia. El opresor no cede sus privilegios y el oprimido prefiere la servidumbre acostumbrada al riesgo de crear la alternativa. Todos decimos a Dios: "Déjanos en paz". Y por eso Dios no sólo llama sino que crea en nosotros la respuesta. Por eso decimos que la fe es una virtud teológica, una realidad que crece, sembrada por Dios, al compás de los acontecimientos históricos.

Por eso el Exodo es revelación de que la liberación no es sólo cuestión de una teoría revolucionaria, de estrategias y tácticas, ya que todo eso se refiere a actos determinados, a áreas determinadas de la vida, son siempre parciales y la liberación es siempre un acto global, radical; expresado, desde luego, en actos concretos, particulares, limitados. En el fondo la liberación histórica, que no se llevará a cabo sino por la praxis histórica humana, es "la salvación que Yavé les otorgará" (Ex. 14,13). "Yavé peleará por ustedes" (Ex. 14,14) es la revelación que recibe el pueblo cuando ha quemado las naves, cuando en su lucha por la liberación ya no hay retorno. Este es el sentido de la visión grandiosa y profunda que presentan los obispos en el documento de Medellín sobre catequesis. En este sentido insisten en excluir "toda dicotomía o dualismo", en este sentido hablan de no caer "en confusiones o en identificaciones simplistas", en este sentido recalcan que "se debe manifestar siempre la unidad profunda que existe entre el proyecto salvífico de Dios, realizado en Cristo, y las aspiraciones del hombre; entre la historia de la salvación y la historia humana; entre la Iglesia, Pueblo de Dios, y las comunidades temporales; entre la acción reveladora de

Dios y la experiencia del hombre; entre los dones y carismas sobrenaturales y los valores humanos. (8,4). Todo esto no lo podemos entender como la consagración de lo que es, como la profundidad religiosa de lo que tiene hoy vigencia sino como el triunfo de la fidelidad de Dios que hace crecer anhelos, que hace parir historia donde hay incredulidad resignada y opresión endiosada, que hace nacer fe donde se ha cerrado el horizonte.

LA AMBIGÜEDAD DE LA RELIGION

Desde el comienzo de este camino también se revela el espectro de la alienación religiosa (Ex. 32). Nos es difícil aguantar la radicalidad de esta marcha hacia la liberación. Nos cuesta vivir históricamente, abiertos ante el misterio. Y viene la tentación de reducir todo a nuestro tamaño, a las dimensiones del presente, en el fondo volver a la naturaleza y celebrar nuestra dependencia de ella, nuestra participación de su vida cíclica, y convertir al dirigente histórico en un caudillo mítico, adorar su figura y su obra en vez de seguir caminando con él.

Y para esto se presta el sacerdote, el sacerdocio instituido por Dios. Y la alienación es tremenda porque el nuevo dios se sigue llamando por el antiguo nombre. La alienación más tremenda es la mezcla entre Dios y el ídolo.

Lo que adoran en realidad son las obras de sus manos. Pero el sacerdote verdadero se presta a darle el nombre de Dios a cambio de su oro y para retener al pueblo. La religión se ha pervertido. Pudo más en el sacerdocio el cálculo político que el celo del Dios liberador. Pero esto significaba la desmoralización del pueblo y su descomposición. Moisés, el hombre liberado, casi salta hecho pedazos por la dificultad de mantener

en esas condiciones su fidelidad a Dios y al pueblo. La puesta en marcha del pueblo cuenta una guerra civil (Ex. 32,25-29).

Este episodio nos muestra que el encuentro con Dios acontece en la historia. La religión consagra su dimensión simbólica. Es la gloria de este encuentro. Pero es ambigua. Encargada de custodiar, expresándola, la apertura de la historia, siempre está en trance de convertirse en idolatría y en cierto modo siempre lo es. De ahí que la Iglesia se entienda como relativa: un sacramento que alude al mundo. Su medida es su participación y su capacidad de expresar el proceso de liberación de los oprimidos.



RESUMEN:

Tensiones y Esperanzas

Exodo es una palabra griega que significa salida (ex = fuera; odos = camino). Existe un uso secular de esta palabra. En nuestros países, por ejemplo, hablamos del éxodo rural: la gente deja el campo y se traslada a las grandes ciudades. Podemos hablar de cambio de lugar. Pero el fenómeno es mucho más complejo: se dan también transformaciones socio-económicas y culturales. Hay que decir que el motor de esos cambios es la necesidad vital y conjuntamente un anhelo de mejoras, un empuje vital.

Existe también un uso religioso judeo-cristiano de la palabra éxodo. Se trata de la experiencia de Dios realizada en ese paso de la esclavitud a la libertad. Esta revelación tuvo lugar en primer lugar en la salida del pueblo judío de Egipto y la marcha a Palestina a través del desierto. Sabemos que Dios puso en marcha esta liberación. De modo que quien se entregó a esta experiencia histórica aceptó y conoció a Dios. Pero esto naturalmente no fue un proceso automático sino que exigía un proceso interior, una transformación personal. De modo que el Exodo quedó como uno de los paradigmas de la experiencia histórica: El Nacimiento de un pueblo de hombres liberados, el pueblo de Dios. Nacimiento no de la nada, sino del seno de la opresión introyectada, aceptada como algo natural, como un ídolo ante quien se inclinan con temor servil. Nacimiento a través de la lucha, una lucha político-militar con los opresores, una lucha interior por alcanzar el estatuto de hombres libres, una lucha posibilitada por la fe en Dios que les daba firmeza frente a los poderes y esperanza en las situaciones que parecían sin salida. Un camino a una tierra libre y abundante, hacia una sociedad justa y fraternal, hacia una adoración jubilosa al Dios libre y liberador.

El pueblo judío nunca creyó que la experiencia del Exodo estaba ya concluida.

Y si alguna vez lo pensó, nuevos acontecimientos lo llamaban a recordar que aún estaba en proceso.

Los cristianos creemos que en la humanidad ya se ha cumplido este proceso en toda su plenitud. Jesús realizó el paso desde esta vida de debilidad, de opresión y de pecado al reino de la libertad. Lo realizó radicalmente al vencer a la muerte que es la expresión más absoluta de toda miseria humana. Dios lo resucitó aceptando así todo el proceso de su vida marcada por el despojamiento de todo lo privado para llegar a ser pura transparencia personal, un ser social, un pobre ante Dios, capaz de enriquecernos a todos. Jesús realizó este Exodo, esta Pascua como primogénito de la humanidad. Esto significa que toda la humanidad está en condiciones de Exodo, de modo que el Exodo no es un espejismo, la humanidad sí tiene salida, y el camino es Jesús. Y si Jesús es la salida, ningún individuo, ningún grupo social es Dios. La referencia del hombre está, es cierto, en la humanidad; pero en otro individuo que ellos, Jesús es el único paradigma definitivo. Y si la salida es una persona, luego no hay ninguna cosa, ninguna norma, ninguna ley absoluta, todo es meramente funcional. La única ley nueva, el único símbolo vivo y real de Jesús, somos nosotros, sus hermanos menores.

Por lo tanto todo proceso histórico es real y relativo. Todo proceso de liberación es una etapa necesaria en el desarrollo de la liberación de Jesús. Pero ningún proceso histórico es proceso liberador si pretende su plantar la liberación de Jesús, si se autoentiende como resolución de la historia y llegada al reino de la libertad. La llegada al reino de la libertad pasa a través de la muerte, es transhistórica y es completamente una obra de Dios, como lo es la resurrección de Jesús, ya que no es más que la participación en ella.

El que la Iglesia latinoamericana en Medellín haya calificado esta coyuntura histórica como Exodo no puede ser entendido en un sentido veterotestamentario, sino en sentido cristiano, lo que por un lado profundiza su sentido y otro lo relativiza. Lo profundiza al insistir en que la transformación actual del continente no será posible sólo como un proceso técnico: tiene una dimensión política, social y religiosa. Lo relativiza al inscribirlo en la historia: este proceso no conduce a la tierra prometida, conduce a otro proceso. Pero a la tierra prometida sólo llegaremos entregándonos a él, poniendo en él nuestra vida.

El que la Iglesia latinoamericana haya entendido la situación del continente como una situación de Exodo histórico y no sim-

plemente como el paso ahistórico —litúrgico y moral— de lo temporal a lo eterno supone dejar de ser la sacralización del orden establecido sin pasar a la automarginación de la secta. El que la Iglesia latinoamericana quiera entrar por el camino del Exodo es la base indispensable para hacer una experiencia de Dios comunitaria, histórica y por lo tanto desalienante, liberadora.

El que la Iglesia latinoamericana haya hablado del Exodo en sentido cristiano significa el asumir el valor de lo particular —“Dios ha amado con predilección a esta tierra”— no de un modo caprichoso, competitivo, irracional. Como si nuestro Dios fuera el fanático Dios vengador de sus tribus. Sino con toda su carga de verdadera universalidad concreta: Dios nos ama particularmente porque se ha compadecido de nosotros porque estamos oprimidos. La óptica concretamente universal, la óptica divina, es la que va del oprimido a la liberación de todos.



El tema del Exodo ha suscitado hoy numerosos estudios en América Latina. La salida de la situación de opresión y la lucha por construir una sociedad en justicia y amor son temas centrales en nuestro continente. Ofrecemos a continuación dos fragmentos de teólogos latinoamericanos como muestra de esta coincidencia.

CONCEPTO BIBLICO DEL EXODO

El EXODO es, en primer lugar, **ABSOLUTAMENTE HISTORICO** y eso significa, terrenal. No es un cuento sobre una multitud espiritual que flota místicamente sobre el Mar Rojo. Son unos grupos de esclavos extenuados, muñecas sangrantes de grillos recientemente removidos y espaldas cicatrizadas de latigazos, quienes andan pesadamente a través del barro del Mar Rojo en su camino hacia la libertad. En segundo lugar, comienzo de una **REBELION POLITICA** contra las condiciones inhumanas. Tercero, es un **ESFUERZO COLECTIVO COMUN** para mejorar la condición humana en este mundo, en esta vida. Cuarto, el Exodo es **DISCONTINUIDAD**, un rompimiento abrupto con el pasado opresor. Y, finalmente es conducido y dirigido por una **PROFUNDA ESPERANZA** en Dios. Hombre y futuro que se abren para su tarea cooperadora de continuar la Creación.



El Exodo no es solamente una **SALIDA**, sino también una **ENTRADA**; no es simplemente una **PROTESTA**, sino también una **PROMESA**.

La llamada "revolución tecnológica" no conviene a los standards dictados para nosotros en la Biblia. En primer lugar exige continuidad, no discontinuidad. Su plan es reformar la historia, obtener la historia

pronta y entonces instar a los hombres a ajustarse. Karl Marx vió este error un siglo atrás cuando dijo:

La doctrina materialista que los hombres son producto de las circunstancias y educación y por esto los nuevos hombres son productos de otras circunstancias y otra educación, olvida que es el hombre quien cambia las

circunstancias... (K.M. "Tesis sobre Feuerbach").

Israel no permitiría que su historia fuese así llevada, y se dió cuenta de que solamente un rompimiento total podía lograr esto. Para efectuar este rompimiento era necesario saltar hacia lo desconocido, para asumir la tarea de crear su propia Historia. Che Guevara habla de esta clase de salto cuando describe la presente tarea en Cuba:

El encontrar la forma de perpetuar en nuestra vida diaria esta heroica actitud (de la Sierra Maestra), es una de nuestras tareas fundamentales desde el punto de vista ideológico. La nueva sociedad en formación debe competir ferozmente con el pasado, que se hace sentir... en la prolongación de herencia de una educación sistemáticamente orientada hacia el aislamiento del individuo. Desde que nuestra meta es dar a luz al hombre nuevo, es muy importante seleccionar el instrumento apropiado para movilizar las masas. Este instrumento debe ser fundamentalmente de un carácter moral, sin olvidar el uso adecuado del material-estímulo, especialmente aquellos de carácter social. Toda sociedad debe convertirse en una gigantesca escuela. Es importante que cada hombre adquiera un conocimiento creciente de la necesidad de su incorporación a la sociedad y de su importancia en ella... Es esencial que participe conscientemente —individual y colectivamente— en todos los mecanismos de dirección y producción. La última y más importante ambición revolucionaria es ver al hombre liberado de su alienación. (E.G. "El socialismo y el hombre en Cuba").

En segundo lugar, la tecnología sostiene sus esperanzas para el futuro en el hecho de que el hombre se verá libre del trabajo; de ese modo podrá empezar a gozar de la vida humana. El espíritu del Exodo protesta contra la división de la vida humana en compartimientos. Demanda que los hombres sean

históricos, que entiendan sus vidas en una situación concreta, en la cual se encuentran a sí mismos y comiencen a humanizarse. Y exige que esta tarea humanizante y creadora sea hecha en comunidad.

Cito otra vez a Guevara:

"Cuando los medios de producción pertenecen a la sociedad..., el hombre comienza a liberarse de la situación opresora por la cual ve el trabajo solamente como un medio de satisfacer sus necesidades animales. El empieza a reconocerse a través de su trabajo y a comprender su magnitud humana a través del objeto creado, del trabajo realizado, el cual no es más una parte de él mismo, poder humano que es vendido y que ya no le pertenece más. Ahora se vuelve una extensión de sí mismo, un aporte a la vida de comunidad, la realización plena de su deber social...

No más tratará, como en el pasado, de liberarse de la alienación a través del arte y la cultura (en el pasado) él moría durante ocho o más horas, cada día para ser (durante su tiempo libre) resucitado a través de su creación espiritual.

En la nueva sociedad la consciente participación del Hombre "en los mecanismos de dirección y producción" se reflejará concretamente en su adueñarse de su propia naturaleza, a través del trabajo liberado y la expresión de su propia condición humana a través del arte y de la cultura. (E.G. "El socialismo y el hombre en Cuba").

Comencé con la premisa que en nuestra tradición hebreo-cristiana, específicamente en la tradición del Exodo, cuyo espíritu se proyecta sobre ambos, viejo y nuevo Testamento, encontramos una base: son apremiados a entrar en una acción política y revolucionaria. Hemos visto que los no cristianos están tomando el estandarte del Exodo y marchando con él hacia el futuro. Al mismo tiempo, estoy convencido que la Iglesia Cris-

tiana abandona esta bandera, rehusa tomar una posición crítica contra su historia pasada y ha optado por la "vida regalada de Egipto" aceptando y promoviendo la vida de "esclavo feliz" y rehusando correr el riesgo de lanzarse hacia un futuro desconocido. Si de hecho confesamos nuestra fe en el Dios de los Padres de Israel, debemos también tener fe en el Dios esperanza del futuro. Es hora para nosotros de aunar fuerzas con aquellos que sin profesar la fe, están de hecho viviéndola.

Por tanto, dirás a los hijos de Israel: Yo soy Jehová; y yo os sacaré de debajo de las tareas pesadas de Egipto, y os libraré de su servidumbre, y os redimiré con brazo extendido y con juicios grandes;

Y os tomaré por mi pueblo y seré vuestro Dios; y vosotros sabréis que yo soy Jehová vuestro Dios, que os sacó de debajo de las tareas pesadas de Egipto.

Y os meteré en la tierra por la cual alcé mi mano jurando que la daría a Abraham, a Isaac; y yo os la daré por heredad. Yo Jehová (Ex. 3,7-9).

Cuando el Señor dijo estas palabras a Moisés, era un reto. Estas palabras no fueron desofdas en ese tiempo. Ese llamado a una responsabilidad social, económica y política hace eco también a través del mundo de hoy, pero la inmensa mayoría de los cristianos no responden a él.

Las palabras de Juan Bautista son, en consecuencia, igualmente pertinentes:

Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento. Y no penséis decir dentro de vosotros mismos: A Abraham tenemos por padre; porque yo os digo que Dios puede levantar hijos a Abraham aún de estas piedras.

Y ya también el hacha está puesta a la raíz de los árboles; por tanto todo árbol que no da buen fruto es cortado y echado al fuego (Mt. 3, 8-10).

Niilus, Leopoldo: El Exodo como el génesis de la revolución. En: De la Iglesia y la Sociedad (varios), Ed. Tierra Nueva, Montevideo 1971, p. 56-60

LA INTERVENCION DE DIOS EN LA HISTORIA

El profeta Oseas alegaba que sólo Dios es salvador y se basaba en el hecho de la liberación de Egipto. El Segundo Isaías ve esa misma justicia realizada en el quebrantamiento del yugo babilónico, pero ya Jeremías proféticamente, antes de que se realizara, había hecho esa aplicación, con perfecta conciencia, de que es esa justicia la que identifica a Yahavé, y por cierto en relación con la fórmula "justicia y derecho" a cerca de la cual ningún exegeta duda que tenga sentido social en favor de los pobres y oprimidos... (P. Miranda: Marx y la Biblia Pag. 112).

Por eso no se puede confundir la teología de la historia que la Biblia ejerce, con

la teología de la Providencia, que occidente ha heredado de los greco-romanos y que es

estática porque contempla los instantes como puntos aislados además de no ser específica. Para la Biblia es intervención de Yahvé no cualquier suceso bueno y laudable sino la realización de la justicia... (O.C. pag. 113).

... El equivalente de Ex. 6,6-7 es en el Yahvista, Ex. 3,7-9:

Dijo Yahvé: he visto la aflicción de mi pueblo que está en Egipto, y he escuchado su clamor a la vista de sus capataces, pues conozco sus sufrimientos. Por eso he bajado para librarlos de la mano de los egipcios y hacerles subir de esta tierra a una tierra buena y espaciosa a una tierra que mana leche y miel...

Así pues mira que el clamor de los hijos de Israel ha llegado hasta mí y he visto la opresión con que los oprimen los egipcios (Ex. 6-8).

En estos renglones aparece dos veces el "clamor" de los oprimidos. Gunkel y N. M. Sarna han notado que es término técnico "para la queja por la injusticia infligida". El carácter técnico del término es evidente por Gen. 4,10; Job. 34,28; 19,7; Hab. 1,2; 2Re. 8,3; Is. 19,20; 46,7; 5,7; Jr. 20,8. Véase por todos Ex. 22, 21-22; en donde coincidentemente aparece, como en Ex. 3, 7-9, el "clamor" dos veces, y además "aflicción" y "escuchar": "No afligiréis ni viuda ni huérfano; si lo afliges y clama a mí escucharé su clamor". Dada la insistencia del Yahvista en ese clamor me parece completamente excluida la posibilidad de que el "descenso" de Yahvé a "librar" se atribuya en Ex. 3,7-9 al hecho de que es "mi pueblo" el que clama. La exégesis que quiere hacerlo depender todo de una promesa o pacto como si Dios no hubiera intervenido contra la injusticia ni no lo hubiera oficialmente prometido antes, contradice con ese positivismo la más honda y radical convicción de los autores veterotestamentarios, para los cuales el mal es mal haya o no habido prohibiciones oficiales,

el crimen es crimen haya o no habido alianzas o promesas.

"la voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra" (Gén. 4, 10) dice Yahvé antes de que hubiera alianzas, patriarcas, promesas y mandamientos. Con frecuencia se ha olvidado que ése es el primer momento en que las sagas coleccionadas por el yahvista le permiten un poco más de soltura para expresar su propia teología. En este versículo salta a la vista que el Génesis se escribió enteramente bajo la inspiración del Exodo y como prólogo a la irrupción justiciera de Yahvé que, salvando de la opresión un pueblo, decidirá la historia. La exégesis ha llegado hoy a poner de relieve esta nervadura central: el Yahvista decidió escribir una prehistoria del Exodo para explicar el origen del pecado y para que un mundo de pecado haga sentir necesaria la intervención de Yahvé y la elección de un pueblo que tenga en el mundo la misión de abolir el pecado. Esa aportación de la exégesis es importantísima, pero se hace necesario precisar que el pecado cuyo origen se trata de explicar es el pecado de Caín, no un pecado cualquiera ni el pecado en general. Como bien observa von Rad, la historia de Caín y Abel es el primer retrato del hombre extraparadisiaco, del hombre real, de la humanidad histórica que la intervención de Yahvé tendrá por fin rescatar. He aquí el prólogo al Exodo: "La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra". La historia de Adán es únicamente para que se sepa que el hombre no era así desde el principio, que Dios no lo creó fraticida, sino que se volvió fraticida por su propia voluntad" (O.C. 114-6).

